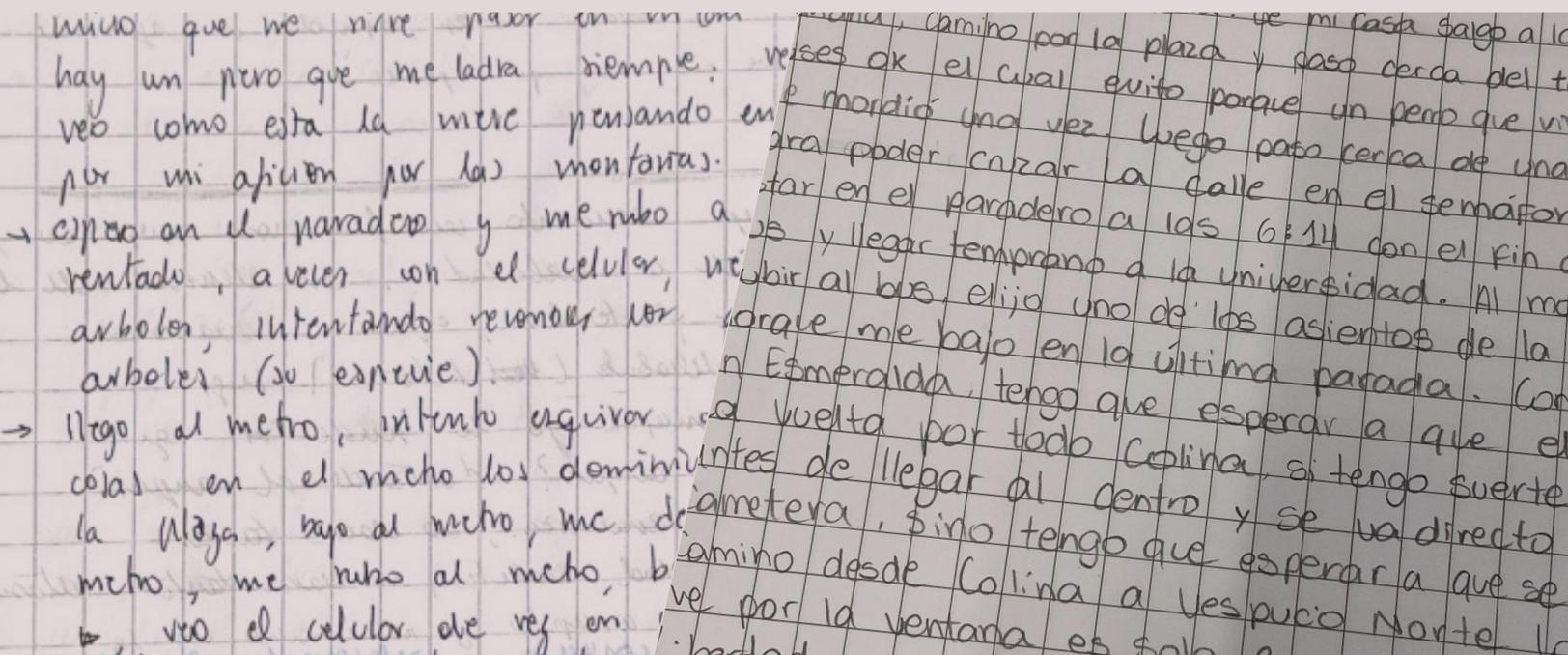


25

DOCUMENTO DE TRABAJO | IEUT
ENERO 2025

DIARIOS DE CIUDAD: RELATOS COTIDIANOS DE VIAJE Curso Exploraciones Urbanas IEU 2052-2 2024



EDITOR/A

Gabriela Guevara-Cué
Diego Mendoza

AUTORAS/ES

Cristóbal Román
Daniel Brahim
Diego Mendoza

Tamara Soriano Muñoz

Gabriel Arancibia
Isidora Núñez
Martín Morales

Miguel Pablo Mujica de la Riva

Millaray Ángela Estrella
Sofía Ignacia San Román Cobarrubias
Trinidad Contreras

Fabio Molina

Carolina Riquelme
Juan Pablo Órdenes Díaz
Gabriela Renata Vera Flores
Rodrigo Antonio Torres Villarroel
Valentina Fernanda Sepúlveda
Vanessa Guzmán



INSTITUTO
DE ESTUDIOS
URBANOS Y
TERRITORIALES



CEDEUS
Centro de Desarrollo
Urbano Sustentable

ISSN 0719-5206

La serie **Documentos de Trabajo del IEUT**, ha sido pensada como un espacio de colaboración e intercambio orientado a difundir conocimiento teórico-empírico relacionado a temáticas de la ciudad, los territorios y la planificación urbana. El principal objetivo de esta serie es diseminar perspectivas teóricas, metodologías y/o resultados asociados a investigaciones relevantes tanto para el desarrollo académico como para la toma de decisión públicas.

El/Los autor/es es/son responsable/s por el contenido del texto y los documentos no se encuentran sometidos a revisión por pares.

CÓMO CITAR ESTE ARTÍCULO:

Guevara-Cué, G. & Mendoza, D. (Eds.). (2025). *Diarios de ciudad: relatos cotidianos de viaje - Curso Exploraciones Urbanas IEU2052-2 2024*. Instituto de Estudios Urbanos y Territoriales UC, Documentos de Trabajo del IEUT, N° 25.

ÍNDICE

I. PRÓLOGO	4
II. INTRODUCCIÓN	6
III. DIARIOS DE CIUDAD: RELATOS COTIDIANOS DE VIAJE	7
De la serenidad al ruido: un viaje a través del cambio urbano	7
<i>Por Sofía Ignacia San Román Cobarrubias</i>	
Ritmos de la mañana: la ruta diaria	8
<i>Por Isidora Núñez</i>	
Un viaje de reflexiones y encuentros	10
<i>Por Tamara Soriano Muñoz</i>	
Eterna paciencia	11
<i>Por Diego Mendoza</i>	
Camino a la universidad de Colina a San Joaquín	13
<i>Por Carolina Riquelme</i>	
Se robaron el paradero	14
<i>Por Gabriel Arancibia y Martín Morales</i>	
Caminos de conexión: explorando la ciudad	15
<i>Por Juan Pablo Órdenes Díaz</i>	
Trayectos de cambio: la búsqueda de la ciudad	16
<i>Por Trinidad Contreras y Fabio Molina</i>	
De luces y sombras: navegando el camino hacia la universidad	18
<i>Por Gabriela Renata Vera Flores</i>	
Entre la cotidianidad y la reflexión	19
<i>Por Daniel Brahim</i>	
Entre el caos y la belleza: un viaje por Sanhattan	20
<i>Por Miguel Pablo Mujica de la Riva</i>	
¿Un recorrido por el centro sur de Santiago? Pedaleando en la ciudad: desafíos y conexiones en el camino universitario	21
<i>Por Rodrigo Antonio Torres Villarroel</i>	
Ecos de la ciudad: recuerdos y realidades en el trayecto universitario	22
<i>Por Valentina Fernanda Sepúlveda</i>	
De camino a la universidad	23
<i>Por Cristóbal Román</i>	
De mi casa hacia la universidad	24
<i>Por Vanessa Guzmán</i>	
Caminos de conexión: reflexiones de un desplazamiento urbano	25
<i>Por Millaray Ángela Estrella</i>	
IV. AGRADECIMIENTOS	26

PRÓLOGO

El curso *Exploraciones Urbanas* proporciona una perspectiva singular para analizar y reflexionar sobre las experiencias que emergen en el contexto de la vida urbana y la ciudad que, con su complejidad y dinamismo, se convierte en un escenario donde las vivencias cotidianas adquieren una profundidad única, revelando tanto los desafíos como las oportunidades de habitar un entorno en constante transformación.

A través de los relatos que aquí se presentan, nos hacemos parte de trayectos diarios que conectan los hogares de los estudiantes del curso con las aulas, atravesando calles donde la rutina se entrelaza con la sorpresa y reconocemos actos cotidianos de producción del espacio, de los que ellos y ellas son protagonistas.

Estos desplazamientos trascienden su carácter funcional para convertirse en vivencias cargadas de emociones y significados: desde la ansiedad de navegar por calles desprovistas de ciclovías hasta la contemplación de una cordillera despojada de nieve, que evoca una conexión íntima con el entorno natural. En sus recorridos, los estudiantes enfrentan desafíos que encapsulan la tensión característica de las dinámicas urbanas contemporáneas, como la inseguridad en espacios solitarios y la alienación propia de los entornos densamente poblados, y, sin embargo, también encuentran momentos de conexión significativa que demuestran cómo, incluso en medio de las desigualdades y exclusiones inherentes a la ciudad, se abren oportunidades para reimaginar y transformar su entorno inmediato.

En estos recorridos emerge una rica gama de sensaciones que oscilan entre la prisa y la inseguridad, el asombro y la reflexión, y la conciencia del valor de la comunidad. La precariedad de la infraestructura urbana y la alienación característica de los espacios metropolitanos contrastan con momentos de conexión y significación, como el aroma a medialunas en las estaciones de metro o la calidez de los encuentros fortuitos con vecinos.

Así, estos relatos no sólo nos permiten observar las limitaciones de la ciudad, sino que también la revelan como un espacio dinámico y lleno de posibilidades. Cada trayecto se convierte en una oportunidad para reconsiderar el papel del individuo en un entorno marcado por desigualdades estructurales y constantes transformaciones.

Estas narraciones nos invitan, además, a reflexionar sobre *justicia espacial*, destacando cómo la distribución desigual de recursos y oportunidades refuerza las inequidades sociales. En este contexto, los estudiantes, al enfrentar estas realidades, no sólo reconocen las dinámicas de exclusión y fragmentación urbana, sino que también transforman sus vivencias en actos de análisis crítico sobre la construcción de una ciudad más equitativa.

Asimismo, cada trayecto se erige como un acto de producción del espacio, cargado de significados personales y colectivos, y cada uno, lejos de ser un simple movimiento físico, devela emociones, frustraciones y descubrimientos que contribuyen a una comprensión más profunda de la ciudad y sus dinámicas. En esta lógica, los relatos subrayan la necesidad de humanizar la planificación urbana, trasladando el foco desde una perspectiva exclusivamente técnica hacia una que priorice a las personas, sus emociones y aspiraciones. Este enfoque promueve principios de equidad y justicia espacial, alentando soluciones urbanas inclusivas y sostenibles.

Es en este marco que el curso *Exploraciones Urbanas* fomenta una comprensión interdisciplinaria de la vida urbana, transformando los trayectos cotidianos de los estudiantes en oportunidades para reimaginar la ciudad desde una perspectiva centrada en el bienestar colectivo y la justicia social.

Gabriela Guevara-Cué, PhD

INTRODUCCIÓN

La ciudad, con su intrincada red de relaciones sociales, económicas y políticas, es el objeto de estudio del curso IEU2052-2 Exploraciones Urbanas del Instituto de Estudios Urbanos y Territoriales. Como docente e investigadora, ha sido una maravillosa aventura guiar a estudiantes de diversas disciplinas a través de esta aproximación integral a la realidad urbana que adopta una perspectiva crítica, reflexiva y experiencial.

A lo largo del semestre, hemos desarrollado un análisis de la intersección entre la teoría urbana y la práctica social, explorando cómo la transformación urbana impacta en la vida cotidiana de las personas. Hemos examinado tanto teorías clásicas como contemporáneas sobre la ciudad y la construcción social de territorios, abordando conceptos fundamentales como la segregación, la gentrificación, la movilidad urbana y la justicia espacial. Este enfoque crítico nos ha permitido reflexionar y debatir sobre los procesos urbanos y sus efectos en la calidad de vida, la equidad y la inclusión, así como sobre la importancia de la participación ciudadana en la construcción de un entorno urbano más justo.

Los relatos que se presentan a continuación surgen de una tarea que motivó la discusión, el análisis y el crecimiento personal y colectivo de los estudiantes y mío como docente. A través de sus experiencias y observaciones, estos relatos ofrecen una ventana hacia la vivencia cotidiana en la ciudad, revelando cómo las decisiones de planificación y las dinámicas sociales influyen en su entorno. Así, cada relato se convierte en una pieza clave para entender la complejidad de la vida urbana y la búsqueda de una ciudad más equitativa y accesible para todos.

Gabriela Guevara-Cué, PhD

DIARIOS DE CIUDAD: RELATOS COTIDIANOS DE VIAJE

DE LA SERENIDAD AL RUIDO: UN VIAJE A TRAVÉS DEL CAMBIO URBANO

Por **Sofía Ignacia San Román Cobarrubias**

A mis 5 años, mis papás decidieron cambiar la vida de departamento por una casa en las afueras de la ciudad, donde los parrones de uvas se perdían en el horizonte y el silencio era tan pulcro que se escuchaba el viento en las tardes y los gallos en la mañana.

Mi mamá siempre llegaba con una planta nueva que compraba en el vivero de la esquina y mi papá me enseñó a andar en bicicleta en la calle desolada de al frente del condominio. Aún recuerdo ver los caballos y recoger moras junto a mi hermana y mi nana. Al llegar a mi casa ya no quedaba ninguna.

Comprar pan para la once era complicado porque sí o sí había que ir en auto. No había veredas para caminar, por eso no salía mucho del condominio y, como vivía lejos de mis compañeros de colegio, no tenía con quien jugar después de clases. Claramente no me gustaba, estaba aislada del mundo y eso era aburrido.

Ahora ya han pasado 15 años de esa época de mi vida, y si bien aún corre viento por la tarde, este ya no se escucha por los fuegos artificiales y los autos a exceso de velocidad. Y si bien aún se escucha un solitario gallo en la mañana, sus ganas de despertar al barrio se ven opacadas por el ruido incesante de las constructoras.

La vista ya no se me pierde en kilómetros de parrones. Ahora solo se ven calles y edificios atiborrados de tráfico y contaminación lumínica por las noches. Las moras ya no crecen y los caballos desaparecieron antes de que pudiera darme cuenta.

Mi hermana no pudo aprender a andar en bicicleta porque las calles desoladas quedaron en un pasado donde estábamos aislados y nada era aburrido realmente.

RITMOS DE LA MAÑANA: LA RUTA DIARIA

Por **Isidora Núñez**

De lunes a viernes salgo de mi casa ubicada en Padre Hurtado a las 6:35 am para comenzar mi trayecto a la universidad. A esa hora todavía está oscuro, como si fuera medianoche, y el clima habitual de agosto nos obliga a salir abrigados y precavidos de resbalarnos en el suelo por la humedad presente en el ambiente. Tras salir de mi casa, lo primero que hago es dirigirme al auto de mi papá, en el cual me movilizo siempre que salgo antes de las 7 am para ir a la provincia de Santiago.

Lo primero que veo cada día al salir de mi casa es una oscuridad pocas veces interrumpida por la mala luminaria de las veredas de mi cuadra. Solo un lado de la acera tiene luces, por lo que las madrugadas en Padre Hurtado son más oscuras de lo normal. Comenzamos nuestro recorrido en dirección al metro Cerrillos, pero antes de salir de Padre Hurtado y embarcarme en mi camino a la universidad, mi papá recorre la comuna buscando a nuestros conocidos que también necesitan ir al metro para acercarlos en auto.

Es importante mencionar que el transporte público en Padre Hurtado es de muy mala calidad y con poca frecuencia entre una micro y otra. La mayoría son liebres, pero desde el año pasado llegó el primer recorrido Red que va desde el sector Las Aralias de Padre Hurtado al metro Del Sol ubicado en Maipú. Desde entonces, dado que las personas prefieren movilizarse en estas micros por sus precios más bajos y la frecuencia con que pasan, las liebres pasan con aún menor frecuencia, afectando a los vecinos que viven en zonas no consideradas por el recorrido Red pero que sí lo eran por los recorridos del transporte rural.

La primera persona que se sube al auto tras mis padres y yo es mi prima que vive 1 km al suroeste de nosotros, en el sector El Manzano. En el camino siempre nos encontramos con un furgón escolar blanco, que suponemos moviliza a estudiantes a Maipú, porque los demás furgones que se dirigen a establecimientos al interior de la comuna recién comienzan su recorrido a las 7 am. Los pasajes que recorreremos a El Manzano son angostos y los autos estacionados a ambos lados de la vereda dificultan el tránsito. No hay semáforos en ese kilómetro que recorreremos, porque son calles poco transitadas. Ya siendo las 6:40 am sigue sin haber nadie en las veredas.

Luego pasamos a buscar a una amiga mía del colegio que ahora también estudia en la UC. Esto implica recorrer 1,5 km de donde vive mi prima a su casa en el sector Santa Rosa. Este es el camino más desagradable, porque las calles están repletas de hoyos que provocan saltos en el auto. Llegando a su casa aparecen paraderos, pero dado que estos no fueron considerados en el recorrido Red, es muy difícil ver alguna micro o liebre por allí.

Finalmente salimos de Padre Hurtado por Camino Melipilla. A esta hora la mayoría de las personas prefieren viajar por la Autopista del Sol para evitar el taco que se genera hasta pasar Maipú, pero dado que mi prima estudia a la altura de Camino Melipilla, nos vemos obligados a tomar esa ruta todos los días. El trayecto al metro Cerrillos dura aproximadamente una hora todos los días. Cada cierto tiempo se escuchan bocinazos de choferes estresados por el taco. La calle, sobre todo en los cruces a Padre Hurtado y Ciudad Satélite, se encuentra llena de hoyos pese a que anualmente intentan mejorarla.

En el trayecto, lo típico es que tras pasar el cruce a Maipú disminuya el taco, como también que aumenten las micros de Red que van repletas de gente, sobre todo de jóvenes. Algo que siempre llama mi atención es la cantidad de autos en que van solo una o dos personas, y me cuestiono qué tan difícil les es ofrecerle a la gran cantidad de personas que esperan en los paraderos acercarlos al metro o al centro de Santiago. Como mencioné anteriormente, ver liebres que suelen dirigirse al Terminal San Borja cada vez es menos común, lo que implica que muchos deben hacer más transbordos al movilizarse en Red.

Al llegar al metro Cerrillos a las 7:45 am, tomo la línea 6 en dirección a Los Leones hasta Ñuble. Hay mucha gente en el metro a esa hora, sobre todo escolares y jóvenes. Considerando que Cerrillos es la estación inicial de la línea 6, la mayoría nos vamos sentados y el viaje a esa hora es agradable y silencioso. Las personas en el vagón a mi alrededor van mirando el celular o sosteniendo un libro, junto con sus mochilas puestas por el frente y los audífonos que nunca faltan en sus oídos. Pocas personas viajan juntas, y las que van acompañadas hablan en volumen moderado y permiten el viaje tranquilo. Agradezco que la línea 6 tenga una buena ventilación que impida la acumulación de olores desagradables.

Tras llegar y abandonar el tren en Ñuble, subo cinco pisos para combinar con la línea 5. Esta combinación es una de las que más tiempo toma por la cantidad de escaleras que hay que subir. Siempre observo a gente sorprendida por la cantidad de pisos entre ambas líneas de metro, ya que supongo que es la primera vez que andan en esta estación o deben combinar. A diferencia de las otras estaciones, ésta, pese a tener mucho espacio para instalar tiendas, se encuentra en su mayoría vacía y destacan en su arquitectura minimalista los vendedores de artesanías que tienen sus puestos entre los pisos.

Cuando finalmente llego al piso superior donde se encuentra el tren en dirección a Vicente Valdés, abordo el vagón y observo que casi todos son veinteañeros que van con sus mochilas colgadas a sus espaldas. La línea 5 tiene ruta *express*, lo que significa que el metro no para en todas las estaciones, sólo en las que corresponden a verde o rojo. En el caso de mi recorrido, como es de Ñuble (una estación de combinación) a San Joaquín (con gran afluencia de personas), me sirven ambos colores. Sin embargo, cuando no debo llegar a primera hora a la universidad prefiero esperar el metro verde porque se detiene solo en una estación.

Dejo el metro en la estación San Joaquín y camino a la universidad que está a un lado. Este recorrido es complicado en horas *peak*, ya que la estación es pequeña y hay distintas instituciones de educación superior a sus alrededores, lo que dificulta moverse tranquilamente. Finalmente, a las 8:30 am llego a la universidad.

UN VIAJE DE REFLEXIONES Y ENCUENTROS

Por **Tamara Soriano Muñoz**

Vivo en un block en Providencia, cerca del metro Baquedano. Zona muy tranquila y familiar, la mayoría de mis vecinos son de la tercera edad, así que me encuentro a poca gente al salir del edificio y siempre hay silencio en las escaleras. Frente a los blocks hay un colegio. La mayoría de las mañanas me despiertan los pitidos, no mi alarma.

Salgo de mi casa entre las 8:20 y 9:20 de la mañana. Tengo que caminar un tramo antes de tomar la micro. Salgo del edificio, siempre hay taco por el colegio, me encuentro a las mismas personas paseando a sus perros y a los constructores que están arreglando la calle perpendicular a Seminario, por donde camino. Me siento segura y siempre los saludo y me saludan. Cruzo Avenida Providencia, siempre apurada porque casi siempre salgo justa de tiempo, además de que me da miedo que me atropellen. Cruzo este parque que acompaña la avenida. Siempre hay personas limpiando y sacando hojas, nunca me han saludado ni me han devuelto la sonrisa. Tiendo a ver personas durmiendo en las bancas del parque. Cruzo el puente peatonal, normalmente rápido, excepto cuando se ve linda la cordillera.

Espero micro, a veces me toca correr para alcanzarla, otras veces espero 10 minutos. Todas las micros que pasan me sirven, así que no me estreso. Tomo micro, saludo al micrero, paso apretada y me voy parada, aunque haya asientos libres. En el camino se ve el río, se ve a la gente motivada trotando, se ve el Costanera y, si tengo suerte, se ve la cordillera. Llego al paradero en el que me bajo como 5 minutos después. Nunca hay taco. Doy gracias al micrero (que en Santiago he visto no es muy común, pero en Valdivia sí) y me bajo de la micro. Camino hacia la universidad, normalmente acompañada de otros estudiantes y trabajadores de la salud (esa zona está llena de clínicas). En 3 minutos llego, saludo y entro.

No soy de Santiago, vivo aquí desde marzo. Creo que vivo la ciudad de una manera muy diferente a la mayoría de la gente de aquí, no sólo porque resido y me muevo en una zona segura y tranquila, sino también porque estoy acostumbrada a vivir en una ciudad muy diferente, Valdivia. En mi ciudad todo funciona distinto, naturalmente. Todo es mucho más pequeño, menos tecnológico, cercano. Creo también que la gente se siente más segura y es más amable que acá.

He visto que la inseguridad es muy común. No tiendo a sentir miedo, confío mucho en la gente y espero lo mejor de ella (lo que es bueno en general). Para mí, Santiago es una cosa impresionante, en lo bueno y en lo malo. Disfruto mucho mi recorrido a la universidad y de vuelta a mi casa. Veo todo con ojos de turista y exploradora todavía. Ojalá siempre sea así.

ETERNA PACIENCIA

Por **Diego Mendoza**

Enfocándome solamente en este último semestre, el viaje más importante que emprendo casi todos los días es hacia Huechuraba, comuna donde actualmente estoy realizando mi práctica profesional. Vivo en Quilicura y para llegar puntual a mi lugar de trabajo debo estar máximo a las 7:50 am en el paradero de la 425. Casi siempre soy el último en salir de mi casa, así que debo asegurarme de cerrar todas las puertas y el portón. El barrio donde vivo es relativamente tranquilo, pero siempre hay que ser precavidos. Hay un parque a unos pasos de mi casa, conocido como el Parque de las Naciones, y me encanta porque tiene un nombre súper coherente a las calles que le rodean. En mi barrio casi todas las calles representan alguna nación del mundo. De esa manera puedo pasar fácilmente de la India a Venezuela con unos pocos pasos.

Volviendo a mi trayecto, luego de pasar por varias naciones, frecuentemente, veo que al final de la calle África (una de las más largas del barrio) va pasando la micro que debo tomar. Sin embargo, no alcanzarla no me preocupa ya que, angustiosamente para quienes van dentro, avanza en cámara lenta. Sin duda, para vivir en Quilicura hay que tener mucha paciencia. Lamentablemente, avanza lento porque Rigoberto Jara es una de las calles más congestionadas de toda Quilicura, lo que se debe a la gran cantidad de personas que se dirigen a sus lugares de trabajo, y especialmente a estudiantes que se trasladan hacia sus escuelas. Subo a la micro y, como es habitual, va repleta de gente, pero luego de varios minutos de taco, al pasar por el metro Plaza Quilicura, se liberan algunos asientos. Y aunque antes de salir de Quilicura se generen otros tacos y después otro en la autopista Vespucio Norte, ya no me importa porque aquello está dentro de mi cálculo del recorrido y sé que llegaré a tiempo (o casi) a mi práctica.

Siendo un trayecto medianamente largo, muchas veces aprovecho ese tiempo para escribir en mi celular sobre temas varios, por ejemplo, cosas que tengo que hacer en la semana o tareas de la universidad que tengo pendientes. Entre las muchas divagaciones que aparecen en mi mente, a veces me pongo a pensar en datos *random*, y bueno, aquí les va uno: Huechuraba es una comuna que está al lado de Quilicura, pero me demoro, en promedio, 1 hora 10 minutos en llegar desde mi casa a mi práctica. Mismo tiempo que me demoro desde mi casa, cruzando Conchalí, Independencia, Santiago Centro y San Joaquín al campus UC donde se encuentra mi carrera ¿La diferencia de ambos trayectos?: El Metro. Larga vida al Metro. Definitivamente, soy fan.

Esta gran diferencia me lleva a profundizar un poco más en el tema, y es que yo tengo una eterna paciencia, pero muchas veces en la micro la paciencia de la gente brilla por su ausencia y con justa razón. Para la mayoría de las personas es totalmente estresante ir apretadas en una micro, repleta de gente, donde pareciera que hasta una tortuga podría hacerle competencia. Entonces, no es extraño que el mal humor aparezca entre quien conduce y algún que otro pasajero, o la clásica molestia del pasajero excusándose con su jefe porque “hay un tremendo taco”. Al final, lo peor es darse cuenta de que el estrés tiene consecuencias, siendo gritos, insultos, malentendidos y caras cansadas, productos de esta gran problemática. Lamentablemente, existe muy poco respeto por este transporte, y tal vez la prueba más grande de aquello se encuentre en la alta tasa de evasión que posee, llegando a una crítica cifra de cuatro de cada diez pasajeros.

Poniéndole fin a mi abstracción, me doy cuenta de que llegué al paradero de Vespucio Norte, donde debo bajar. De esta manera, luego de una caminata de 3 minutos, ya me encuentro en el último paradero del día. Para esa hora la 208 va con poca gente, pero no busco asiento, el trayecto dura apenas 5 minutos. Y por fin llego a La Pincoya, listo para empezar otro día de práctica. Podría contarles sobre mi trayectoria al volver, pero creo que la idea central se entendió. Tenemos temas pendientes que resolver, pero también me gustaría destacar algunos puntos positivos. El transporte en el que voy es eléctrico, posee aire acondicionado y Wi-Fi gratis (que muchas veces me ha salvado de apuros). Por favor no perdamos el rumbo.

CAMINO A LA UNIVERSIDAD DE COLINA A SAN JOAQUÍN

Por **Carolina Riquelme**

Vivo en Esmeralda, un pueblo que se encuentra ubicado al norte de Colina. Al lado de mi villa hay un cartel que indica que estás entrando a la comuna. De mi casa salgo a las 6 de la mañana, camino por la plaza y paso cerca del terminal de buses OK, el cual evito porque un perro que vive ahí ya me mordió una vez. Luego paso cerca de una gasolinera para poder cruzar la calle en el semáforo, tengo que estar en el paradero a las 6:14 con el fin de tomar el bus y llegar temprano a la universidad. Al momento de subir al bus, elijo uno de los asientos de la ventana porque me bajo en la última parada. Como lo tomo en Esmeralda, tengo que esperar a que el bus dé la vuelta por todo Colina. Si tengo suerte, se llena antes de llegar al centro y se va directo a la carretera. Si no, tengo que esperar a que se llene. En el camino desde Colina a Vespucio Norte lo que se ve por la ventana es solo un cerro hasta llegar a Los Libertadores. Ahí se comienzan a ver edificios y los cerros se ven lejanos. Al llegar a Vespucio Norte debo bajarme rápido del bus para alcanzar el tren que está esperando. Debido a esto evito usar la escalera mecánica. Si logro tomar ese tren, la combinación en Santa Ana a la línea 5 estará casi vacía y el vagón del tren verde puede estar despejado, y llego a la universidad a las 7:20. Al momento de cruzar desde el metro a la universidad espero la luz verde, a diferencia de muchas otras personas.

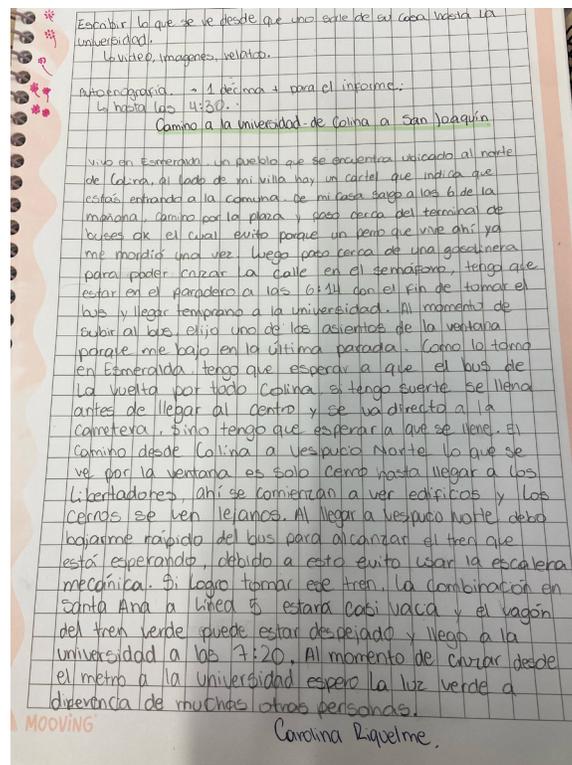


Figura 1: Fotografía del relato de la autora, escrito a mano.

SE ROBARON EL PARADERO

Por **Gabriel Arancibia y Martín Morales**

Soy de la comuna de El Bosque. Cuando salgo a la calle, lo primero que veo es un barrio pequeño que es peligroso, por lo que debo estar alerta al pasar por él. La calle está llena de baches, pero, como es costumbre diaria, debo recorrer mi trayecto hacia la universidad, por lo cual camino hasta el paradero que está en mal estado, ya que se robaron los asientos y la señal de parada.

Al esperar la micro, muchas veces los conductores no se detienen en el lugar correspondiente, lo que me hace llegar tarde a las clases. Una vez que tomo la micro, me esfuerzo por permanecer de pie y bien agarrado de las barandas, debido a que, como se mencionó anteriormente, la calle en la que transitamos está en mal estado, lo que provoca que el vehículo se sacuda considerablemente.

Cuando llego al paradero donde se encuentra la estación de metro, prefiero utilizar la entrada secundaria en lugar de la principal, ya que esta última suele estar abarrotada de personas y de vendedores ambulantes, lo cual ha generado muchos incidentes de robos que intento evitar. Al ingresar a la estación, dado que es terminal de la línea 2, generalmente puedo conseguir un asiento fácilmente, a diferencia de otras estaciones más adelante, donde el metro se llena de tal manera que queda poco espacio disponible.

Mi destino es desde Hospital El Pino hasta Franklin, para combinar con la línea 6. Durante todo este trayecto trato de sentarme lo más lejos posible de las puertas del metro para minimizar el riesgo de robos. Al llegar a Franklin, salir del vagón es complicado porque hay que pedir permiso para pasar entre la multitud. Una vez abajo, el proceso es el mismo, ya que debo seguir avanzando para combinar, subirme al metro en la línea 6 y llegar hasta Ñuble, para así hacer combinación con la línea 5. Al llegar a Ñuble, en el transcurso de combinación hay que subir muchos pisos para acceder al andén. Por eso, trato de subir las escaleras corriendo para hacer ejercicio y evitar el sedentarismo. Además, las escaleras mecánicas suelen estar muy llenas.

Al llegar al andén de la línea 5, nuevamente tomo el metro y continúo hasta el campus. A menudo, el metro debe detenerse antes de llegar a San Joaquín debido a la multitud de estudiantes que se encuentra en esa estación, lo que limita el acceso a los nuevos pasajeros. Finalmente, tras un tiempo, llego a mi destino. Luego que pasa el día, debo repetir este proceso diariamente para asistir a mis clases.

CAMINOS DE CONEXIÓN: EXPLORANDO LA CIUDAD

Por **Juan Pablo Órdenes Díaz**

Soy de Melipilla, pero para poder estudiar en la UC me vine a vivir con mis abuelos a su casa en Quilicura.

Todas las mañanas salgo a las 6:45 o 7:00 am y me voy caminando a la estación de metro Plaza de Quilicura. Son solo cinco cuadras desde donde vivo hasta la estación de metro. A esa hora tampoco hay demasiada gente en la calle, así que voy tranquilo escuchando música. No me gusta mucho, pero es mejor que irme todos los días desde Melipilla.

Desde la Plaza de Quilicura viajo hasta la estación Irarrázaval, donde hago combinación en la línea 5 para dirigirme a San Joaquín. Es una línea tranquila la línea 3, incluso hay días que viajo sentado, como tomo en la primera estación, entonces hasta me gusta viajar en metro, eso claro, solo en la línea 3. En la línea 5 es el viaje en metro más corto de mi trayecto, pero el más pesado también. Suele estar lleno el metro hasta San Joaquín. Es un viaje largo en general, por eso salgo a las 7:00 am. Usualmente me tengo que levantar a las 5:45 am para alcanzar a hacer todas mis cosas en la mañana, por lo que llego algo cansado a la U.

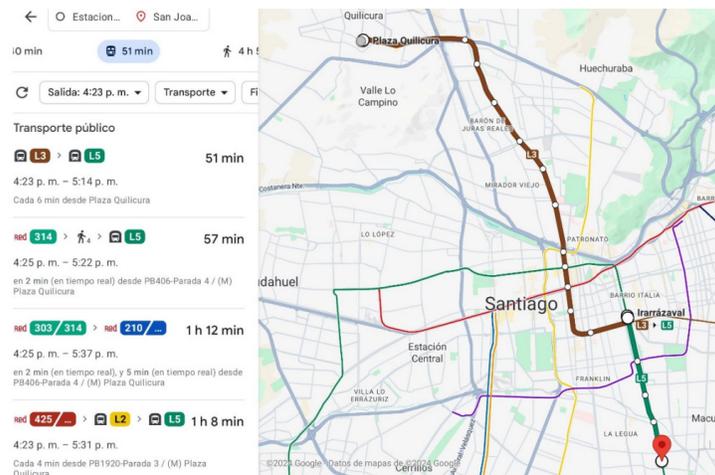


Figura 2: Imagen captada de *Google Maps* que muestra el viaje del autor en metro.

De vuelta todo es lo mismo, más o menos. Tomo la combinación en Irarrázaval y no en Plaza de Armas porque hay una panadería, entonces puedo comprar el pan sin desviarme de mi camino.

Pero todo es distinto en las cinco cuadras de vuelta. Siempre intento llegar lo más temprano posible, tomar las clases lo más temprano posible, porque da miedo de noche. Esas cinco cuadras, esos nueve minutos se hacen eternos. Varias veces he visto que asaltan a gente por el camino que tomo, que incluso afuera de mi casa asaltaron a una persona justo cinco minutos después de que yo entrara a mi casa. Así que esos ya no son nueve minutos caminando, son cinco trotando. Es lo único que no me gusta del camino, donde esa escasez de gente en el camino se vuelve mala.

TRAYECTOS DE CAMBIO: LA BÚSQUEDA DE LA CIUDAD

Por **Trinidad Contreras y Fabio Molina**

Punto de partida: zona rural de Padre Hurtado (Los Aromos). Me levanto como unas cuatro horas antes de la hora de inicio de clases. Me preparo y salgo a tomar el nuevo bus eléctrico gratuito que dispuso la municipalidad, lo cual representa un beneficio para la comunidad frente a la dificultad de transporte que existe en la zona después de la crisis que dejó el retiro de la micro morada. Recorro San Luis y Santa Mónica, apreciando la belleza de la zona, sus grandes terrenos sembrados perteneciente a unos pocos terratenientes y los animales que viven en ellos. Al ver el CESFAM construido y abandonado, me acuerdo de la lastimosa falla del proyecto, ya que nunca abrió al público por falta de permiso.



Figura 3: Fotografías de trayecto tomadas por los autores.

Después de media hora de viaje, me voy acercando al puente del Treball que me indica que ya estoy saliendo de la zona rural para llegar a la Plaza Octubre (anteriormente llamada Plaza de Armas). Es aquí donde me bajo de mi primera locomoción y espero la tan concurrida micro café, esperando que el chofer no me moleste por mi pase del 2023 y que alguien se baje para poder sentarme hasta llegar a Cerrillos y poder afrontar de mejor manera el largo viaje por Camino Melipilla debido al largo tacho que dura aproximadamente una hora.

Al divisar el museo de aviones me paro y me bajo de la micro, cruzo la calle con el conjunto de personas que se mueven por ahí y aprovecho de cruzar en ese semáforo rojo cuando todos lo hacen para llegar más rápido. Entro al metro en Cerrillos (línea 6) y bajo las múltiples escaleras. Me dirijo a la primera puerta por la cola del metro para asegurar nuevamente tener un asiento hasta metro Ñuble. Al llegar a mi destino

subo nuevamente las otras múltiples escaleras, que parecieran ser interminables, para hacer combinación con la línea 5. En el último tramo de mi viaje, que son cuatro estaciones, miro por la ventana para ver la cordillera que me sorprende diariamente con su belleza y siempre la admiro como si fuera la primera vez que la veo. Cuando termino mi viaje en metro, que en total dura 25 minutos, llego finalmente a la universidad, que me acoge con sus múltiples áreas verdes.



Figura 4: Fotografías del Campus San Joaquín UC tomadas por los autores.

Algo que destaca durante todo el trayecto es la diversidad de tipos de vivienda que veo, desde las casas precarias que se contrastan con los protegidos condominios en la zona rural, los campamentos que se encuentran en Maipú, las viviendas sociales en Cerrillos y los altos edificios de Macul. Eso está siempre en mi mente, más aún últimamente cuando salgo y llego a mi casa y veo los avances de su construcción.



Figura 5: Casa nueva en construcción. Fotografía tomada por los autores.

DE LUCES Y SOMBRAS: NAVEGANDO EL CAMINO HACIA LA UNIVERSIDAD

Por **Gabriela Renata Vera Flores**

Durante mi día a día inicio mi trayectoria desde mi departamento, muy cerca del metro Elisa Correa, hasta el metro San Joaquín, donde se ubica la universidad. Luego realizo el mismo recorrido de vuelta. Para llegar al metro, debo pasar por un sitio erizado, por el cual trato de avanzar rápidamente ya que no hay alumbrado en ese sector y, aunque es corto, genera miedo.

Al llegar a la estación de metro, siempre observo a muchas personas en ella y se suelen hacer filas en los torniquetes, por lo que debo tener en cuenta este tiempo extra antes de salir. Desde aquí me voy en metro hasta Vicente Valdés, donde realizo la combinación con la línea 5. Aquí también se acumula mucha gente. De hecho, ocurre mucho que se queden atascados objetos en las puertas del metro debido a la cantidad de gente que ingresa. Esto me complica en ciertas ocasiones, ya que tengo disautonomía y tiendo a descompensarme si llevo mucho tiempo de pie (más aún con el calor), pero hay tanta gente que realmente no hay posibilidad de sentarme. Por ello, trato de ubicarme cerca de la puerta para que ingrese aire y voy pensando en ello durante gran parte del trayecto.

Al tomar la línea 5 desde Vicente Valdés a San Joaquín, el camino es un poco más tranquilo y corto. Al llegar a la estación, siempre me encuentro con una gran cantidad de puestos en ella, tanto de comida, snacks y más, especialmente afuera de la universidad, donde venden almuerzos para los estudiantes y huele bastante a comidas o frituras.

Mi recorrido de vuelta es distinto. Desde San Joaquín a Vicente Valdés es relativamente tranquilo y ya comienzo a avistar muchos puestos dentro del metro. Al llegar a Vicente Valdés nuevamente vuelve a ser un caos debido a la concentración de gente que hay en el horario de las 17:40 aproximadamente. Muchas veces debo esperar varios metros para poder subirme y, una vez dentro, voy igualmente super apretada, hasta llegar a Elisa Correa.

En Elisa Correa, además de haber muchos locales en este horario (se ponen puestos de ferias, ropa, anticuchos, sopaipillas y demás), también se encuentran indigentes en el puente que se encuentra bajo el metro, por lo mismo trato de evitar este camino lo que más puedo y cruzo a la vereda del frente. Avanzando hacia mi edificio, me encuentro con una botillería también, donde casi siempre hay hombres a su alrededor, por lo que también es un sector que trato de pasar con rapidez. Al pasarlo, solo quedan unos cinco minutos a mi casa en los cuales no tengo mayor problema, no hay tanta gente. Igualmente, trato de acelerar el paso por precaución, pero el recorrido es mucho menor.

Lo que rescato del sector de Elisa Correa es el alumbrado, hay mucho tráfico, bastantes tiendas, supermercados, farmacias, locales de comida y pizzerías cerca, por lo que realmente todo me queda muy a la mano. Sin embargo, no suele haber mucha seguridad en el lugar. Más allá de los guardias del metro, pocas veces pasa seguridad ciudadana o carabineros, lo cual a mi parecer debiese ser más recurrente, ya que varios vecinos han reportado haber sido asaltados o haber visto algún robo. Por lo mismo, nunca saco el celular y trato de llevar la mochila por delante e ir observándola.

ENTRE LA COTIDIANIDAD Y LA REFLEXIÓN

Por **Daniel Brahim**

Salgo de mi casa y camino al paradero, esperando no ver la micro que me sirve pasar en mi cara antes de subirme. Hay un perro que me ladra siempre. Veo los cerros, la cordillera, veo cómo está la nieve pensando cómo sería estar ahí, por mi afición a las montañas. Espero en el paradero y me subo a la micro, me voy sentado, a veces con el celular, viendo por la ventana los árboles, intentando reconocer los nombres de los árboles (su especie). Llego al metro, intento esquivar a las personas ofreciendo cosas en el metro Los Dominicos, veo los árboles de la plaza, bajo al metro, me desabrigo por el calor del metro, me subo al metro, busco caras conocidas. Veo el celular de vez en cuando, veo el mapa del metro, veo el metro en dirección contraria y veo la ingeniería dentro del metro y pienso cómo es que funciona.

Cuando el metro llega a Baquedano y hago combinación, siento el olor a medialuna, sigo viendo a la gente a ver si encuentro caras conocidas. Saliendo en Irrazaval, cuando el metro sube a la superficie, nuevamente veo las montañas que se ven desde el metro, intento reconocer el nombre de los cerros, voy viendo las casas, también buscando rutas de cómo subir los cerros o ver en dónde estuve parado desde el metro (dónde anduve cuando subí tal cerro). Llego a la U, veo los puestos de afuera, intento que no me atropellen y luego a San Joaquín y me fijo en la arquitectura y todo lo que hay dentro (árboles, cerros que se ven desde San Joaquín, etc.).

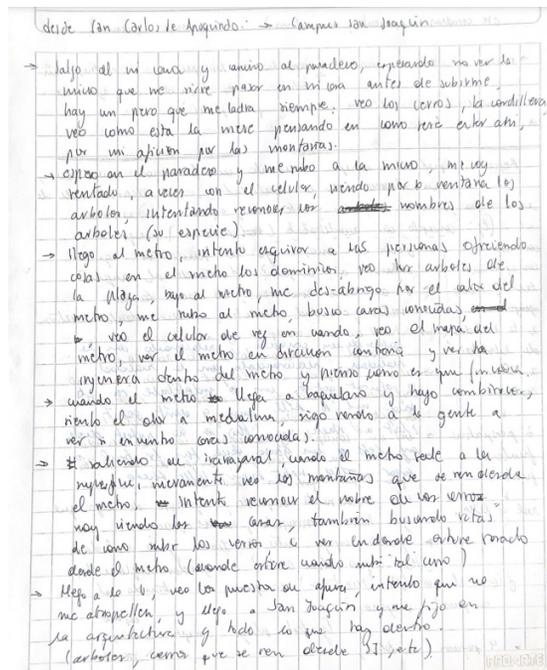


Figura 6: Fotografía del relato del autor, escrito a mano.

ENTRE EL CAOS Y LA BELLEZA: UN VIAJE POR SANHATTAN

Por **Miguel Pablo Mujica de la Riva**

Salgo de mi casa mirando hacia el Manquehue y espero en el paradero donde una sola micro pasa. Cruzando Kennedy se empieza a percibir Sanhattan en todo su esplendor, con sus enormes monolitos de vidrio, avenidas caudalosas y los centros comerciales llenos de gente desde el amanecer. La micro se mete en todos los tacos que puede, causados, como no puede ser de otra forma, por todos los ejecutivos que se mueven en sus autos de uso personal a un trabajo que les queda a pocas cuadras de sus casas. Antes de llegar a la Escuela Militar con sus soldados rasos, se ven departamentos de los años 70 junto a una iglesia adventista, además de una plaza y una construcción.

Bajo cada vez más por el metro, que se vuelve oscuro, caluroso y hediondo. Espero, igual que el resto, al borde del abismo a que llegue el vagón acompañado de más aire caliente y empujones. La mayoría de las veces no faltan asientos en la mañana de la línea 1. Sin embargo, Baquedano siempre es un caos: un pequeño microcosmo análogo de la ciudad sobre tierra. Meto las manos en los bolsillos, palpando celular y billetera, recordando una mala vivencia, mientras bajo con el arroyo de gente a la línea 5 y su juegucito de luces navideñas y muros de ladrillo. Pasar por su estación me hace bajar la cabeza, solo por si acaso. Pareciera que el vagón fuera cada vez más rápido mientras sube al exterior, dónde un destello cegador nos deja a ras de calle.

El metro sigue subiendo hasta estar a varios metros sobre las micros. Allá arriba se ven los cerros, las casas, los estadios. También se ve la cordillera. Identifico varios puntos en el recorrido: la estatua de San Joaquín con la virgen, las fábricas abandonadas, el canal. Finalmente veo el bloque de cemento bruto que es el Edificio de Innovación de la Cato, al lado de un Cristo bastante humilde en comparación a su enormidad. Me acompañan otros universitarios mientras bajo por la estación.

Llego a la calle y juego con la posibilidad de cruzar en rojo, pero siempre llega una advertencia de alguna micro que me pasa pegada a la cara. Espero como el resto de la gente, paso y entro a la universidad.

¿UN RECORRIDO POR EL CENTRO SUR DE SANTIAGO? PEDALEANDO EN LA CIUDAD: DESAFÍOS Y CONEXIONES EN EL CAMINO UNIVERSITARIO

Por **Rodrigo Antonio Torres Villarroel**

Bueno, mi nombre es Rodrigo. Es un poco extraño escribir sobre el recorrido diario hacia la universidad, pues depende del día. En ocasiones viajo desde la residencia de la U, a veces desde la casa de mi hermana, otras desde la casa de mi pololo, por ello no tengo un recorrido definido, sin embargo, sea donde sea que vaya hay un elemento común: la bicicleta.

Cuando tengo que viajar hacia la universidad no suelo estar muy atento al paisaje en cuanto tal, sino que estoy alerta y observo mi alrededor en tanto las cosas que se me presentan en función de mi viaje en bicicleta. A saber, no estoy atento a qué intervención artística hay, o la forma de los edificios, o las casas, sino que estoy atento en sí al arbusto que está cerca de la calle y me va a rozar la mano y por ello voy a tener que moverme más hacia “adentro” de la calle, por donde pasan los autos. No estoy atento a qué auto está detrás o delante mío, sino que estoy atento a que no me vayan a chocar, como ha sucedido en otras ocasiones.

Lo anterior es producto de que no hay ciclovías por donde suelo moverme. De hecho, aunque hay partes donde sí las hay, están mal conectadas. Además, aunque a veces hay ciclovías –malas–, prefiero priorizar la rapidez con la que llegaré a la universidad.

ECOS DE LA CIUDAD: RECUERDOS Y REALIDADES EN EL TRAYECTO UNIVERSITARIO

Por **Valentina Fernanda Sepúlveda**

Tomo el ascensor y salgo del edificio. Llegando a la calle José Domingo Cañas, camino hacia la izquierda hasta la esquina con Pedro de Valdivia, donde giro nuevamente a la izquierda, siguiendo por esta avenida. Paso junto al metro Ñuñoa, un tramo que suele ser complicado por la cantidad de personas y lo estrecha que es la calle. Al cruzar Irarrázaval, continúo caminando hasta Simón Bolívar. Durante las mañanas, este trayecto puede ser algo incómodo, ya que el sol golpea directamente en la cara. Llego al paradero, rezando para que la D09 pase pronto, por lo que mi ansiedad me lleva a revisar constantemente la aplicación de Red. Si veo que demora más de 15 minutos, prefiero caminar hasta la universidad; si viene en menos, la espero. Esta micro me resulta muy cómoda porque siempre hay asientos y cuenta con aire acondicionado.

Después de 10 minutos de trayecto, me bajo en el paradero frente al Campus Oriente de la UC. Si es miércoles (como hoy), después de clases en este campus, tengo clases en el Campus San Joaquín. Camino por Regina Parcís y luego por Holanda, una calle muy tranquila y llena de árboles. Al llegar a Irarrázaval, cruzo para dirigirme al metro Chile España. Este trayecto me toma aproximadamente 12 minutos. Tomo el metro en dirección Plaza Quilicura y bajo en Irarrázaval, donde hago combinación con la línea 5 en dirección a Vicente Valdés. Este metro siempre llega rápido.

A esa hora (14:30 horas), el metro está bastante despejado, lo que me permite disfrutar del paisaje mientras escucho música, hasta llegar a San Joaquín. En total, me demoro 40 minutos en completar el trayecto.

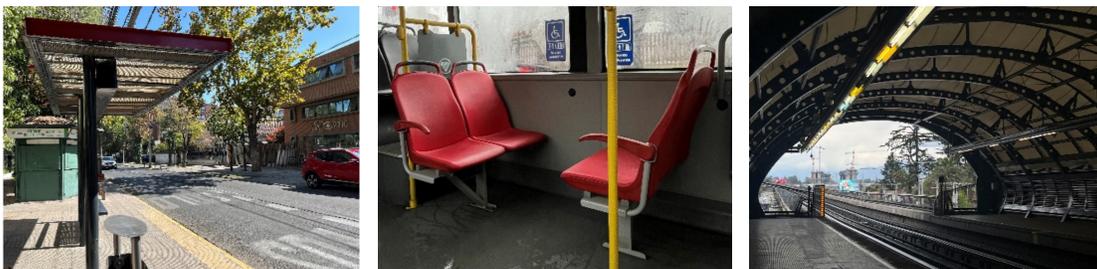


Figura 7: Fotografías de trayecto tomadas por la autora.

DE CAMINO A LA UNIVERSIDAD

Por **Cristóbal Román**

47 minutos, 8 en bicicleta, 36 en vagón del metro y 3 de cambio de andén. Todos los días es lo mismo, pero siempre distinto. Cada día que voy a la universidad sigo exactamente la misma rutina, pero jamás dejo de fijarme en lo que me rodea en esa trayectoria: las personas, el clima y mi estado actual ese preciso día. Creo que todos tenemos una rutina bastante parecida de lunes a viernes. Yo, sin embargo, sigo un esquema algo anormal: mi día no comienza hasta completar mi entrenamiento.

Cada día posee diferentes desafíos, y para poder lograrlos debo entrenar antes de cualquier cosa. ¿Y qué tiene que ver esto con mi trayecto hacia la universidad? Pues bien, algunos días entreno pesas en mi casa, solo y antes de salir la luz del sol. Otros, en cambio, voy a una pista de atletismo, un oasis en la ciudad ajetreada.

Los días que finalizo mi sesión de gimnasio, con las piernas algo cansadas me subo rápidamente al mejor medio de transporte existente: mi bici. Son 8 minutos en los que lo primero que veo es la hermosa cordillera. Aprecio aquella privilegiada vista mientras salgo de mi calle, hasta que doblo a una calle empinada. Entonces comienzo a ver las primeras personas y, muchas veces, huelo un desagradable olor a cigarro. Pasando ese sector, hay un guardia que siempre está hablando por teléfono. ¿Qué habla y con quién? ¿Tendrá tantos amigos? Ya un par de minutos subidos en la bicicleta llego a la “civilización”, una calle con una agradable bajada de camino al metro Los Dominicos. Allí veo autos apresurados, todos estresados por llegar a su lugar de destino. Luego paso por un colegio en los que oigo gritos de entretención. Justo antes de llegar al metro, veo un tráfico detenido, muchos, pero muchos autos, y yo felizmente en mi medio de transporte preferido paso entre ellos y llego a mi destino: una reja a metros de la Seguridad Ciudadana. Esa reja me permite poner mis dos candados a mi bicicleta, en la que amarro no sólo el marco de mi bicicleta, ni tampoco ambas ruedas, ni tampoco mi casco, sino que todo eso más mi sillín. ¡La lección de quedar con una bicicleta amarrada en un escondido ciclero ya la aprendí! ¡La primera semana de universidad me robaron la rueda, y nunca más! Con mi bici asegurada corro al metro, algo vacío, y veo cómo se va llenando. Veo caras de cansancio, de estrés, de otro día más... Cuando llego a Tobalaba se duplica la gente, y se minimiza el espacio disponible. En el mejor de los casos, puedo estar aún con espacio suficiente. En el peor de los casos, me toca ir cercano a alguien fumador, que me deja sin espacio y desagradado por ese maldito olor. Ya en Baquedano me cambio a la línea 5, donde huelo el extraño olor a medialunas, y veo a muchos universitarios de camino a San Joaquín. Llega el metro y es una lucha por subirse, pero siempre lo logro. Lo logro con honores, ya que me subo en la puerta que me deja más cerca a la salida en la estación San Joaquín. Luego me enfoco en lo que me queda de mi día. Comienzo a pensar en el estudio, el ramo al que voy, y mi organización para lograr mis tareas del día. Han pasado 47 minutos y llegué al campus, paso por los kioscos y me convierto en un estudiante de ingeniería.

Mis trayectos en los días de entrenamiento en pista son... son... ¿Cómo son? Son hermosos. Salgo de mi casa con aire fresco y con ganas de entrenar. No me fijo en nada. Luego llego a la pista y solo se permite un ambiente: positividad. Todos con el objetivo de pasarlo bien y mejorar. Estos días, a pesar de ser un par de veces a la semana, me generan un vacío mental y nada que me rodee me puede perturbar. Yo ya entrené, ya corrí y fui libre.

DE MI CASA HACIA LA UNIVERSIDAD

Por **Vanessa Guzmán**

Cuando salgo de mi departamento, suelo cruzar a la vereda del frente, ya que la vereda en la que se encuentra mi departamento es bastante sucia. Muchas casas están grafiteadas, abandonadas y hay basura, y en la esquina a veces se encuentran algunos indigentes, adueñándose de muebles que bota la gente (como sillones o colchones para dormir en ellos), así que agarré una desconfianza a ese lado de la calle, mientras al otro lado hay muchos departamentos, por lo que siempre transita gente y se ve mucho más cuidado, y, según mi percepción, la luz que llega a ese lado también hace que se vea más limpio y seguro. También siempre evito la calle de al lado de la autopista, ya que me dijeron que ahí las motos te roban. Si salgo temprano en la mañana, al llegar al semáforo, siempre hay una congestión vehicular muy grande, tocan mucho la bocina y personalmente me molesta bastante. Si salgo un poco más tarde, muchas veces me encuentro con vendedores ambulantes de escasos recursos, aunque no me afecta mucho ya que no tienen un puesto, si no que ocupan un espacio muy reducido y algunos parecen ser amables.

El trayecto desde mi departamento hasta llegar a la estación Toesca es corto y, al llegar, la mayoría de las veces se demora mucho en pasar la dirección Vespucio Norte (hacia donde voy), y muchas veces va llenísimo, mientras que de la otra dirección pasa más seguido. No entiendo por qué pasa eso, me estresa bastante.

Hago combinación en Los Héroes. Si es tipo 7-8 am la gente está muy desesperada por entrar al vagón, llegando al punto que te empujan para entrar, provocando a veces que yo me agobie un poco y me dé ansiedad.

La gente en el metro, la mayoría de las veces, no molesta, pero hay veces muy específicas en donde dos personas se ponen a discutir entre ellas, molestando probablemente a todo el resto de las personas que vamos en el vagón.

Cuando llego a Pedro de Valdivia me bajo, y hay una gran cantidad de gente que baja también, haciendo que las escaleras para la salida se llenen.

Camino hacia mi universidad. Siempre hay gente, lo que me hace sentir segura ya que sé que probablemente son estudiantes del Campus Lo Contador. Sé que no me pasará nada en esas calles.

Cuando llego a la esquina más cercana a la universidad, hay un semáforo que no me gusta. Es de tres tiempos, por lo que se demora mucho para cruzar.

Un problema quizás no tan recurrente es que hay veces que sale olor del desagüe cerca de mi campus, que me parece muy molesto.

Llego a mi campus y se termina el trayecto.

Lo que me he dado cuenta es que las calles se inundan muy rápido en todas partes, cosa que en mi ciudad (Linares) pasa en menos ocasiones. La primera vez que llovió me mojé demasiado los pies.

CAMINOS DE CONEXIÓN: REFLEXIONES DE UN DESPLAZAMIENTO URBANO

Por **Millaray Ángela Estrella**

Salgo a las 8:00 de la mañana camino a mi clase de las 8:20. Al salir me cruzo con algunos vecinos que no sé hacia dónde van. También veo las canchas del bandejón de Avenida Marathon que hace no mucho estaban aglutinadas de amigos. Luego camino hasta la esquina, mientras veo la cordillera cada día menos nevada. Doblo a la izquierda hacia Benito Rebolledo y veo que los niños aún están entrando al colegio, entonces decido cruzar la calle y me dirijo rápidamente a mi clase mientras la calle a mi izquierda se va llenando de automóviles. Escucho bocinazos hasta que logro ver los primeros edificios del campus esperando a sus ocupantes. Luego paso frente a las canchas que ya comienzan a recibir a sus fieles y madrugadores jugadores. Me encuentro con la entrada y mi entorno cambia radicalmente, incluso el clima se siente distinto. Ya no hay ruido de automóviles, aunque sí lo hay de una que otra construcción. Me apresuro mientras cruzo las facultades y me pregunto cuándo invertirán también en la mía. Llegando a la arboleda me siento nadando contra la corriente. Aunque todos van igual de tarde que yo, no partimos desde el mismo lugar, no compartimos destino ni experiencia espacial. Finalmente llego a mi facultad y ya me siento más cómoda y camino con más seguridad al estar donde me es familiar, hasta que llego al oscuro pasillo donde mi clase está a punto de comenzar.

AGRADECIMIENTOS

Los editores desean agradecer a Andrés Señoret, Nicolás Gutiérrez y Rosario Valenzuela, de CEDEUS, y a Alexa Jocelyn-Holt.



INSTITUTO DE ESTUDIOS URBANOS Y TERRITORIALES
FACULTAD DE ARQUITECTURA, DISEÑO Y ESTUDIOS URBANOS